

PIEDAD POPULAR



Subsidio para el PGP 2031+2033
Conferencia del Episcopado Mexicano
Comisión Episcopal de Pastoral Profética
Dimensión de Doctrina de la Fe



PIEDAD POPULAR

Aporte de la Provincia Eclesiástica Bajío.

a) Canto: Iglesia peregrina

Todos unidos formando un solo cuerpo
un pueblo que en la pascua nació;
miembros de Cristo en sangre redimidos,
Iglesia peregrina de Dios.

Vive en nosotros la fuerza del Espíritu
que el Hijo desde el Padre envió;
Él nos empuja nos guía y alimenta,
Iglesia peregrina de Dios.

Somos en la tierra
semilla de otro Reino,
somos testimonio de amor:
paz para las guerras
y luz entre las sombras,
Iglesia peregrina de Dios

Rugen tormentas
y a veces nuestra barca
parece que ha perdido el timón;
miras con miedo y no tienes confianza,
Iglesia peregrina de Dios.

b) Objetivo del tema: Reconocer e imitar las virtudes heroicas de los santos, como modelos de fe que nos enseñan a vivir el Evangelio, para evitar acomodarlo a nuestra conveniencia y a las desviaciones de la cultura.

c) Justificación del tema:

Dice el Proyecto Global de Pastoral de la Conferencia del Episcopado Mexicano:

- Constatamos que existe un gran déficit en la formación cristiana del Pueblo de Dios, hay un analfabetismo religioso preocupante en un gran número de creyentes, permaneciendo en ellos una gran confusión y





vacío en el conocimiento de las verdades fundamentales de su fe; esto se manifiesta en la superficialidad de sus compromisos sacramentales y en la ligereza de la vivencia de los valores del Evangelio en su vida diaria (No. 80).

- Damos gracias a Dios porque nuestra tierra mexicana da vida a una de las más ricas expresiones de piedad popular enraizada en la Morenita... Pero consideramos que es necesario acompañar pastoralmente esta gran riqueza y que sirva para una fe más comprometida de todos los creyentes en beneficio de una sociedad más justa, honesta y en paz. De nada sirve tener un gran tesoro que no pueda emplearse para el bienestar de sus poseedores. Es necesario que como pastores podamos conocer, vivir y acercarnos a estas manifestaciones sencillas de piedad de nuestro pueblo, en ellas palpita la presencia amorosa de Dios. Esta realidad exige acogerla con respeto y amor para poder descubrir en ella las semillas del Verbo y darles un auténtico acompañamiento evangélico (No. 82).
- Reconocer, valorar y acompañar la religiosidad popular como un espacio donde se encuentra la fe de la Iglesia Pueblo (No. 179 a).

d) Lectura bíblica: Ap 7, 13-17

13. Uno de los Ancianos tomó la palabra y me dijo: “Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?”

14. Yo le respondí: “Señor mío, tú lo sabrás.” Me respondió: “Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero. 5. Por eso están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. 16. Ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni bochorno alguno. 17. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacientará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”.

Palabra de Dios. / Te alabamos, Señor.

Cada uno de los participantes, en silencio, repasa el texto de manera personal, ayudado por algunas preguntas que pueden facilitarLE un acercamiento a la Palabra de Dios:

- 1.- ¿Qué dice el texto?
- 2.- ¿A qué me invita?
- 3.- ¿Quiénes son lo que han venido de la gran tribulación y por qué están delante del trono de Dios?





e) VER

Luces y esperanzas

La piedad popular es un verdadero tesoro del pueblo de Dios. Manifiesta una sed de Dios que solamente los sencillos y los pobres pueden conocer; los vuelve capaces de generosidad y de heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: La paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante que genera actitudes interiores, raramente observadas en otros lugares, en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los demás y devoción.

La religiosidad popular es una experiencia universal. En el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar sumisión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica de gran significado humano y espiritual.

La religiosidad popular no tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana; pero en muchas regiones, expresándose en una sociedad impregnada de diversas formas de elementos cristianos, da lugar a una especie de “catolicismo popular”, en el cual coexisten, más o menos armónicamente, elementos provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo, de la revelación cristiana.

El lenguaje de la piedad popular, aunque conserve la simplicidad y la espontaneidad de expresión, debe siempre ser cuidadoso, de modo que permita manifestar, en todo caso, junto a la verdad de la fe, la grandeza de los misterios cristianos.

Una gran variedad y riqueza de expresiones corporales, gesticulares y simbólicas caracteriza la piedad popular. Se puede pensar, por ejemplo, en el uso de besar o tocar con la mano las imágenes, los lugares, las reliquias y los objetos sacros; las iniciativas de peregrinaciones y procesiones; el recorrer etapas de camino o hacer recorridos especiales con los pies descalzos o de rodillas; el presentar ofrendas, cirios o exvotos, vestir hábitos particulares; arrodillarse o postrarse; llevar medallas e insignias, etc.





Similares expresiones, que se transmiten desde siglos de padres a hijos, son modos directos y simples de manifestar externamente el sentimiento del corazón y el deseo de vivir cristianamente.

Sin este componente interior, existe el riesgo de que los gestos simbólicos degeneren en costumbres vacías y en el peor de los casos, en superstición.

Una expresión de gran importancia en el ámbito de la piedad popular es el uso de las imágenes sagradas que, según los cánones de la cultura y la multiplicidad de las artes, ayudan a los fieles a colocarse delante de los misterios de la fe cristiana.

La veneración por las imágenes sagradas pertenece, de hecho, a la naturaleza de la piedad católica: es un signo el gran patrimonio artístico que se puede encontrar en iglesias y santuarios, a cuya formación ha contribuido frecuentemente la devoción popular.

Sombras y heridas

Aunque estas expresiones son muy ricas en nuestro país, no podemos dejar de reconocer que hay expresiones de la religiosidad popular a veces contaminadas por elementos no coherentes con la doctrina católica. En estos casos, dichas manifestaciones han de ser purificadas con prudencia y paciencia, por medio de contactos con los responsables y una catequesis atenta y respetuosa, a no ser que incongruencias radicales hagan necesarias medidas claras e inmediatas.

Tal es el caso de la desviación que ha sufrido la auténtica devoción a la Preciosa Sangre de Jesucristo; la pseudodevoción a Jesús Malverde, a la Virgen del Pozo, a la Virgen de las siete espadas y a la de la Rosa Mística, al Justo Juez, y el mal enfocado manejo de la Imagen de la Virgen de la Paz, etc.

Las expresiones religiosas falseadas o mal enfocadas con frecuencia llegan a la superstición. El Catecismo de la Iglesia Católica define ésta como *“la desviación del sentimiento religioso y de las prácticas que impone”*¹. Señala que la superstición *“puede afectar al culto que damos al verdadero Dios como cuando se atribuye una importancia, de algún modo mágica, a ciertas prácticas, que son legítimas o necesarias. Atribuir su eficacia a la sola materialidad de las oraciones o de los signos sacramentales, prescindiendo de las disposiciones interiores que exigen, es caer en la superstición (Cf. Mt 23, 16-22)”*².

¹Catecismo de la Iglesia Católica, No. 2111

²Ibid





Es el caso de las famosas “cadenas”, especialmente a San Judas Tadeo, y la práctica de las “Novenas” mal entendidas o de algunas “Mandas”, pues con estas prácticas se pretende obligar a Dios a conseguir milagros y favores. La superstición es una creencia extraña y ajena a la fe religiosa y contraria a la razón.

Podemos ver y constatar que una superstición y sincretismo religioso de moda es el culto muy extendido a la mal llamada “santa muerte”. Tanto se ha extendido su culto que muchos católicos la consideran un Santo más de la Iglesia Católica, y no falta algún católico “despistado” que lleve a bendecir una imagen de la santa muerte al templo parroquial. Hay que tomar consciencia de que la muerte es un acontecimiento que pone fin a la vida de todo ser vivo, de una planta, de un animal, de nosotros los seres humanos. La muerte es un acontecimiento muy importante, es el encuentro con quien nos ha llamado a la vida, quien nos la ha sostenido a cada instante y ahora nos recibe para hacernos partícipes de su plenitud. La muerte no es un personaje que haya nacido, existido en un tiempo y lugar determinados, y menos que se le haya canonizado. Vestirla de colores significativos según convenga para obtener poder, ganar dinero, pasar desapercibido frente a las autoridades para evadir responsabilidades, nos denota claramente que el culto a la “mera mera”, a la “señora”, a “doña blanca”, es una verdadera superstición.

f) DISCERNIR

En el día de nuestro bautismo resonó para nosotros la invocación de los santos. Muchos de nosotros en aquel momento éramos niños, llevados en brazos por nuestros padres. Poco antes de la unción con el óleo de los catecúmenos, símbolo de la fuerza de Dios en la lucha contra el mal, el sacerdote invitó a toda la asamblea a rezar por los que estaban a punto de recibir el bautismo, invocando la intercesión de los santos.

Esa fue la primera vez que, en el curso de nuestras vidas, nos regalaban esta compañía de hermanos y hermanas “mayores”, los santos, que habían pasado por nuestro mismo camino, conocieron nuestros mismos esfuerzos y viven para siempre en el abrazo de Dios. La carta a los Hebreos define a esta compañía con la expresión “una nube ingente de testigos” (12,1). Eso son los santos: una nube ingente de testigos.

Nosotros también estamos llamados a ser santos. Se puede alcanzar la santidad cumpliendo con el deber de cada día con el corazón abierto a Dios.





Pensamos que es algo difícil ser santos. Que es más fácil ser delincuente que santo. ¡No! Ser santo se puede porque nos ayuda el Señor. Es Él quien nos ayuda.

Los cristianos, en la lucha contra el mal, no desesperan. El cristianismo cultiva una confianza incurable: no cree que las fuerzas negativas y disgregadoras puedan prevalecer. La última palabra sobre la historia del hombre no es el odio, no es la muerte, no es la guerra.

En cada momento de la vida nos ayuda la mano de Dios, e incluso la presencia discreta de todos los creyentes que “nos han precedido con el signo de la fe” (Canon Romano). Su existencia nos dice, en primer lugar, que la vida cristiana no es un ideal inalcanzable.

Y al mismo tiempo nos conforta: no estamos solos, la Iglesia se compone de innumerables hermanos, a menudo anónimos, que nos han precedido y que, por la acción del Espíritu Santo, están involucrados en las vicisitudes de los que todavía viven aquí.

La intercesión de los santos es una invocación fuente de confianza para los jóvenes que parten para el “viaje” de la vida conyugal.

En los momentos difíciles, hay que tener el valor de levantar los ojos al cielo, pensando en tantos cristianos que han pasado por la tribulación, y han mantenido blancas las vestiduras de su bautismo, lavándolas en la sangre del Cordero, como dice el Libro del Apocalipsis (7,14).

Dios nunca nos abandona: cada vez que lo necesitamos vendrá uno de sus ángeles a levantarnos e infundir consuelo. “Ángeles”, a veces con un rostro y un corazón humano, porque los santos de Dios están siempre aquí, escondidos entre nosotros. Es difícil de entender y también de imaginar, pero los santos están presentes en nuestra vida. Y cuando alguno invoca a un santo o a una santa, es precisamente porque está cerca de nosotros.

También los sacerdotes conservan el recuerdo de una invocación de los santos pronunciada sobre ellos. Es uno de los momentos más emotivos de la liturgia de la ordenación. Los candidatos se tienden en el suelo, rostro a tierra. Y toda la asamblea, guiada por el obispo, invoca la intercesión de los santos.

Un hombre quedaría aplastado bajo el peso de la misión que se le confía,





pero cuando escucha que todo el paraíso está detrás de él, que la gracia de Dios no fallará porque Jesús permanece siempre fiel, entonces puede partir sereno y aliviado. No estamos solos. Los santos existen y son nuestros hermanos. La Reina de todos los santos es nuestra Madre, la Virgen María. Los necesitamos y, por ello, los invocamos siempre. Y estas invocaciones, así como sus fiestas, se expresan de muchas formas, que llamamos piedad popular, religiosidad popular, catolicismo popular.

Sin embargo, por falta de una profunda evangelización, se cae en los extremos y en las supersticiones que señalábamos antes. Al respecto, es importante señalar que la responsabilidad y la competencia primordial para regular estas manifestaciones de piedad popular, recae bajo la autoridad pastoral del Obispo del lugar. A él compete la reglamentación, la animación de estas devociones populares, para ayudar a los fieles a vivirlas cristianamente, a purificarlas donde sea necesario y a evangelizarlas. El obispo, con el presbiterio y los demás agentes de pastoral, debe vigilar que no sustituyan ni se mezclen con las celebraciones litúrgicas, aprobar los textos de las oraciones y las fórmulas relacionadas con actos públicos de piedad y prácticas de devoción.

Las disposiciones dadas por el Obispo para su propia jurisdicción territorial conciernen de por sí a la Iglesia particular a él confiada. Por tanto, cada fiel, clérigos y laicos, así como grupos particulares, han de evitar proponer públicamente textos de oraciones, fórmulas e iniciativas subjetivas, sin el consentimiento del Obispo de la Diócesis.

El Papa Francisco, inspirándose en el Documento de Aparecida, cuya redacción él mismo coordinó, nos ofrece unos criterios muy iluminadores al respecto, en su Exhortación *Evangelii gaudium*:

“Toda cultura y todo grupo social necesitan purificación y maduración. En el caso de las culturas populares de pueblos católicos, podemos reconocer algunas debilidades que todavía deben ser sanadas por el Evangelio: el machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, una escasa participación en la Eucaristía, creencias fatalistas o supersticiosas que hacen recurrir a la brujería, etc. Pero es precisamente la piedad popular el mejor punto de partida para sanarlas y liberarlas” (EG 69).

“También es cierto que a veces el acento, más que en el impulso de la piedad cristiana, se coloca en formas exteriores de tradiciones de ciertos grupos, o en supuestas revelaciones privadas que se absolutizan. Hay cierto





cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe, que en realidad no responde a una auténtica «piedad popular». Algunos promueven estas expresiones sin preocuparse por la promoción social y la formación de los fieles, y en ciertos casos lo hacen para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás” (EG 70).

“Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal” (EG 122).

“En la piedad popular puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo. En algún tiempo mirada con desconfianza, ha sido objeto de revalorización en las décadas posteriores al Concilio. Fue Pablo VI en su Exhortación apostólica Evangelii nuntiandi quien dio un impulso decisivo en ese sentido. Allí explica que la piedad popular «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» y que «hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe». Más cerca de nuestros días, Benedicto XVI, en América Latina, señaló que se trata de un «precioso tesoro de la Iglesia católica» y que en ella «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos»” (EG 123).

“En el Documento de Aparecida se describen las riquezas que el Espíritu Santo despliega en la piedad popular con su iniciativa gratuita. En ese amado continente, donde gran cantidad de cristianos expresan su fe a través de la piedad popular, los Obispos la llaman también «espiritualidad popular» o «mística popular». Se trata de una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos». No está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental. Es «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros»; conlleva la gracia de la misionariedad, del salir de sí y del peregrinar: «El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador». ¡No





coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!” (EG 124).

“Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf Rm 5,5)” (EG 125).

“En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización” (EG 126).

g) ACTUAR


En grupos, o en forma personal, responder a estas preguntas:

1. ¿Qué compromisos podríamos asumir para que los santos sean para nosotros modelos de fe, que nos animan a imitarlos?
2. ¿Qué prácticas de piedad popular valoramos más como expresión de una verdadera fe?
3. ¿Cómo podemos enriquecer nuestras propias devociones con signos y prácticas de la piedad popular?
4. ¿Cómo evangelizar, para evitar supersticiones y prácticas paganas, en las celebraciones de los sacramentos, en las devociones de las familias y en las fiestas de los pueblos?

h) Oración:

En forma espontánea, alabar y dar gracias al Espíritu Santo por la fe sencilla que recibimos de nuestros padres y abuelos, de nuestro pueblo de origen. Pedirle su luz, para corregir las desviaciones que hay en la





expresión popular de la fe de nuestra familia y de nuestra comunidad. Orar también a la Virgen María, en sus diversas advocaciones, y a los santos de nuestra devoción.

i) Canto final: Alma misionera

Señor, toma mi vida nueva,
antes de que la espera desgaste años en mí.
Estoy dispuesto a lo que quieras,
no importa lo que sea, tu llámame a servir.
Te doy mi corazón sincero
para gritar sin miedo lo hermoso que es tu amor.
Señor, tengo alma misionera,
condúceme a la tierra, que tenga sed de Ti.

Llévame donde los hombres necesiten tus palabras,
necesiten mis ganas de vivir,
donde falte la esperanza, donde todo sea triste,
simplemente por no saber de Ti.

Y así, en marcha iré cantando,
por pueblos predicando tu grandeza, Señor.
Tendré mis brazos sin cansancio,
tu historia entre mis labios, la fuerza en la oración.

Aporte de la Provincia Eclesiástica Bajío.

Pbro. Lic. Francisco Javier Rico Medina,
Coordinador Provincial de la Comisión

Mons. Juan José Pérez Parra,
Coordinador Provincial de la Dimensión de Doctrina de la Fe

Ing. Gloria del Rocío Ramos Martínez,
Secretaria de la Comisión



